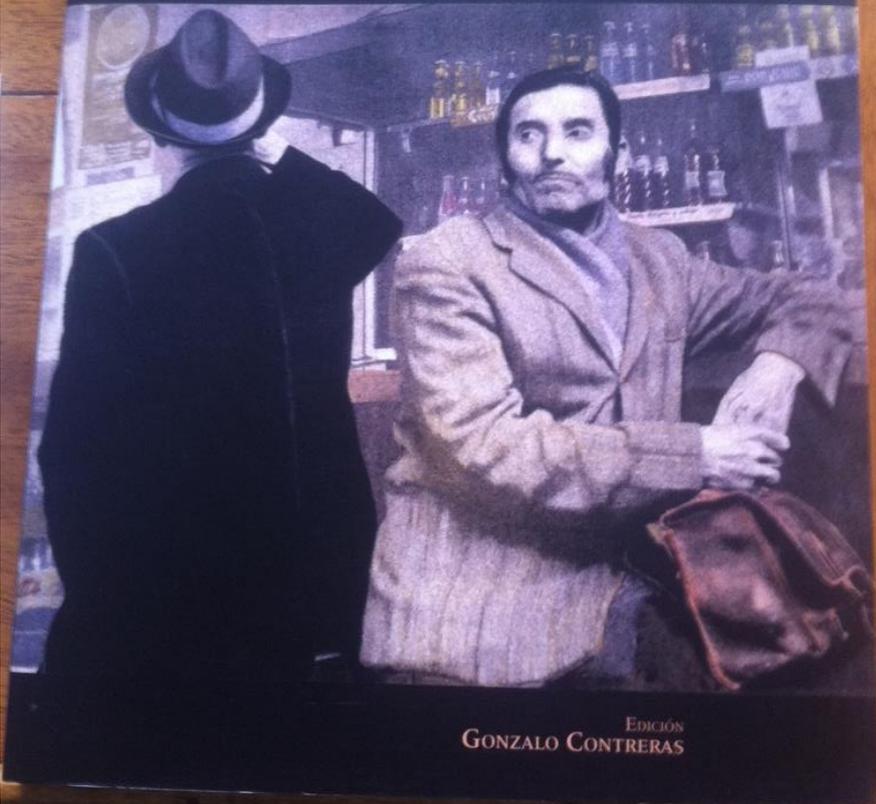
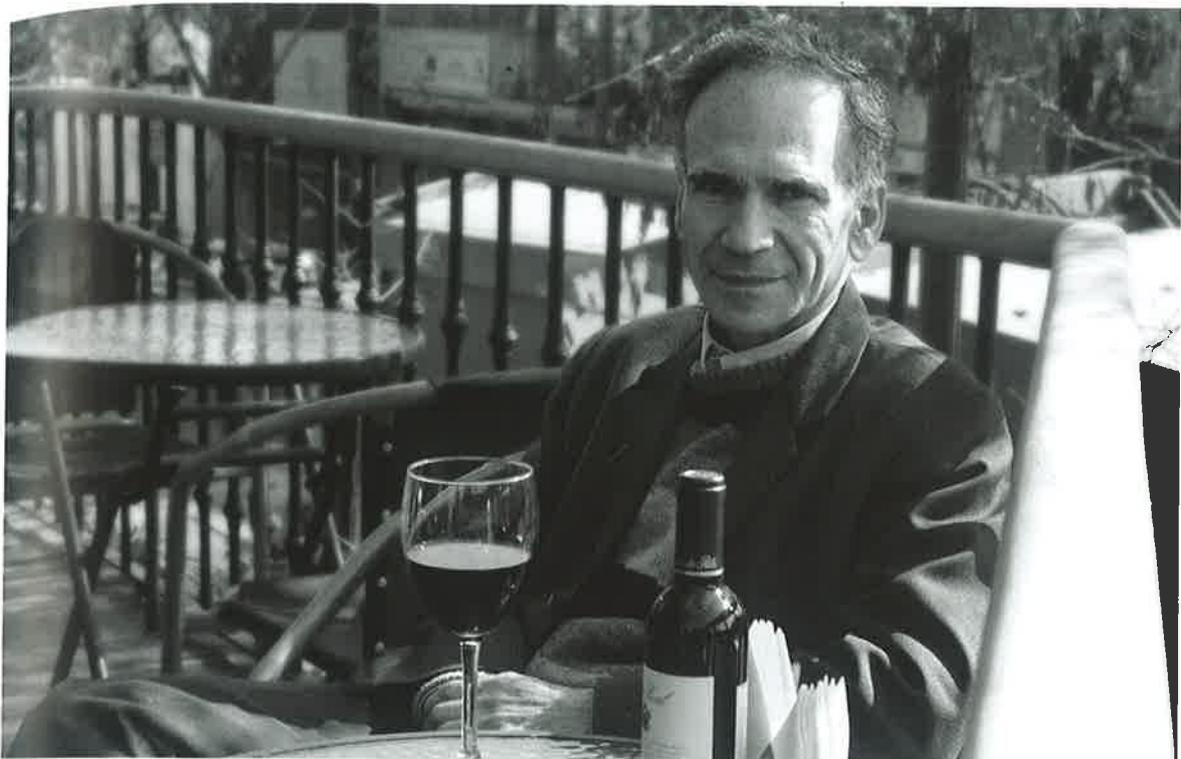


# ELOGIO DEL BAR

BARES & POETAS DE CHILE



EDICIÓN  
GONZALO CONTRERAS



CANTINA/BAR CIUDAD VIEJA - SANTIAGO

## RICARDO LOEBELL

### El partido

En los años '60, me tocó vivir en un barrio cercano de la universidad. A unos metros de nuestro departamento funcionaba un bar nocturno, el BB-CLUB. Al lado, había un edificio antiguo, cuya escalera con peldaños destruidos conducía a una oficina en que un grupo de afroamericanos coordinaban acciones de los Black Panthers. Ahí trabajaba una mujer seria, cuyos ojos brillaban de su rostro, amparado por su cabello «afro-look» y cuando me veía llegar con unos papeles doblados, decía algo burlona «*here is the little poet*». Ésa era la señal para que me prestaran una máquina de escribir mecánica y ahí podía comenzar a anotar los recuerdos que tenía del viaje en barco, ya que sentía el imperante deber de no olvidar. Debo confesar que era el único lugar que me atraía en ese tiempo. No solía ir a bares, el olor a cigarro puro me asqueaba y como ya a los doce años trabajaba llevando flores y coronas a los cementerios, debí entrar a uno para cerciorarme de la dirección. Todos masticaban cigarrillos y me miraban sin palabras haciéndome sentir mi «cabeza negra».

Un buen día, dicha mujer estaba cerrando la oficina junto a sus compañeros y con un ademán de complicidad me invitó a ir con ellos en un «*come you little poet*», para ir al reinstalado Instituto de Investigación Social de la Universidad. Al llegar al edificio vi a un señor calvo, colorado y preocupado que discutía entre la multitud de los estudiantes, era Theodor W. Adorno.

Años más tarde, supe que ella era Angela Davis y que había llegado a Frankfurt, ciudad de este suceso, enviada por el profesor Herbert Marcuse de California.

Cuando bajaba de esa oficina alguna vez, intenté introducirme en el BB-CLUB, en búsqueda quizás de un lápiz labial o de alguna foto o ropa ligera de actuación de las mujeres, no sé. Divagaba por esos espacios siempre con el temor de que alguien me descubriera.

El telón de fondo en aquel tiempo era el movimiento estudiantil del año 1968. Casi veinte años más tarde volví a residir en el mismo departamento de ese barrio. Entretanto habían demolido aquel edificio antiguo y el BB-CLUB se había transformado en una sucursal bancaria, por lo que no quedaban más vestigios que los de mi memoria.

Entretanto la dictadura había arrojado a un sinnúmero de chilenos al extranjero y éramos casi todos amigos en el exilio. Ahí estaba Bastián que siempre solía invitarme a actividades insólitas. De repente me buscaba para ir a correr por el parque, ir a la piscina o ver a *E.T.* en un cine infantil y aquella vez me invitó con un amigo a ver un partido de fútbol en un bar. Me presentó a Radu que era rumano. Nos fuimos juntos a un bar oscuro, de esos que tienen ventanas color ocre, donde la gente se sienta a tomar cerveza y a fumar puros, aunque menos que antes. Jugaba Alemania con Italia, creo que tenía que ver con la Copa de Europa. No se sentía gente en las calles. Comenzó el partido y nos acomodamos en una de las mesas. No había intercambiado palabra con Radu, creo que estudiaba economía o algo así. Bastián había incursionado en teología, historia, bueno, era un erudito y ahora también se dedicaba a los estudios de economía. El partido ya había comenzado y a nosotros nos ignoraban, haciéndonos notar que no éramos parroquianos, además los únicos extranjeros. Habían pasado algo así como 20 minutos, cuando los italianos anotaron el primer gol. Nosotros, discretos por dentro, casi no hicimos muecas de alegría, pero Radu pegó un salto que casi volcó la mesa dando vítores de gol. Yo me agarré la cabeza a dos manos y miré a Bastián y me dio un calambre en el estómago y presentí el olor a sangre de los puñetazos que se nos venían, pero Bastián casi inmutable, ni de la forma más sutil reprendió a su amigo. Recuerdo que los alemanes se contuvieron, pero las miradas me tenían doblegado. Estaba por terminar el primer tiempo cuando vino el empate, yo miré a Bastián y él me observaba tranquilo, como pensando esta vez en la justicia divina y no pude creer cuando vi a Radu, que una vez más saltó y se le volcó la silla gritando ¡gol! junto con los alemanes. Y le añadía «¡qué bonito, qué bonito!» y descargaba todos los epítetos de un comentarista deportivo. Los adherentes del equipo germano giraron la cabeza a la vez que miraban al interior de su *shop*. Parecían no entender bien de lo que se trataba y su cara de incertidumbre, casi me hacía estallar en risas. A Radu nada le importaba, seguía gritando. Terminó el primer tiempo y yo hice ademanes de pararme e intenté convencer a Bastián de que nos fuéramos, pero me persuadió que nos quedáramos, porque estaba entretenido. En verdad, yo no hallaba como explicarle, que me irritaba la actitud de su amigo y que me tenía muy desconcertado. Nos ubicamos en la misma mesa, cuando comenzó el segundo tiempo y esta vez a los 10 minutos, el equipo alemán triunfó por segunda vez, metiéndoles el balón a los italianos. Yo no quería ni mirar, pero tembló la mesa y nuestro amigo Radu no halló nada mejor que subirse a la silla aplaudiéndole al televisor, parecía un niño chico. Algunos de los alemanes se les había olvidado la primera escena y lo miraban con sonrisa de complicidad, como a un inmigrante asimilado. Recuerdo que el partido estaba por terminar y como iban las cosas, Bastián habría dicho esta vez, la justicia divina les hizo rematar a los italianos en la valla de los alemanes marcando el empate. No sé si vale la pena describir a Radu. Aún recuerdo los dolores que imaginé en el cuerpo, cuando se puso a saltar con la cerveza en la mano y dando brincos igual que un cabro montés y no lo podíamos parar. Ahí advertí la cara algo preocupada de Bastián que lo miraba para que se calmara. El resto de la gente que estaba en el bar, se volteó hacia nuestra mesa y uno intentó levantarse para saldar cuentas. Entre dos lo retuvieron y el dueño hizo un breve gesto con la mano para echarnos. Pagamos la cerveza y a la salida le pedí a Bastián que no me invitara nunca más a este tipo de eventos. Por mi parte no volví a entrar a ese bar. Los acompañé en el camino hacia el Metro y pasamos justo por el sitio del antiguo BB-CLUB. Ahí recordé el rostro de Angela Davis y sentí por un momento que yo tampoco era de allí, aunque pertenecía a esa ciudad y a su historia. Fue la última vez que vi a mi amigo. Él formó familia y se fue a vivir a otra ciudad y después llegó para mí el momento de irme del barrio y de abandonar ese país...

Tiempo atrás, de vuelta en Chile, me tocó ver en un bar como jugaba la Roja con el equipo de Brasil. El equipo chileno había metido un gol y la alegría se sentía en toda la ciudad. Más tarde vino el desempate por un golazo de Brasil y ahí tuve ganas de saltar y celebrar aquel disparo maravilloso, pero me contuve. Comencé a reír cuando recordé al amigo Radu y ahí comprendí que el único que había visto el verdadero fútbol, aquel día siniestro en el oscuro bar de Frankfurt... había sido él.

Santiago, 13 de julio, 2012